



BATALLA DE HASTAINGS (1066).

La antigüedad.

La isla célebre, amigos míos, que hoy se llama indiferentemente Inglaterra ó Gran-Bretaña, fué en un principio conocida con el nombre de *Isla de verdes colinas*, despues con el de la *Isla de miel*, mas tarde con el de *Bryt* o *Prydana*, de cuya palabra latinizada ha nacido la de *Bretaña*.

Muchos siglos antes de la era cristiana, la isla de verdes co-

linas fué conquistada por los Logrienses y los Cambrienses, cuyos dos pueblos, salidos de las estremidades orientales de la Europa, eran llamados Kimni por los galos, Kimmerienses por los griegos y Cimbros por los romanos.

En seguida vino un pueblo de la provincia de la antigua Galla llamada entonces *Armórica*, la cual no es otra que la *Pequeña-Bretaña* de nuestros días, una de las provincias mas bellas de la Francia.

Sin embargo, los armoricanos solo se apoderaron de parte del país, tomando el nombre de *Brythones* ó de *Bretones*, con el cual designaban las naciones extranjeras á todos los habitantes de la isla.

Los romanos, al mando de Julio César, se apoderaron de ella á su vez, durando su dominacion cuatro siglos, y cuando las legiones romanas volvieron á Italia para oponerse á los godos que acababan de invadirla, los bretones quedaron en libertad. Acometidos por los Pictas y los Scotos (escoceses) llamaron en socorro suyo á los sajones, *hombres de largas espadas*, y que aunque se presentaron como amigos, acabaron por hacerse dueños de la parte meridional del país.

Antes de ellos, los anghelos ó anglos, venidos de las orillas del Báltico, se habian apoderado de la parte del Este, á la cual dieron su nombre, que andando los tiempos debia ser el de toda la isla.

Pero otros sajones no tardaron en reunirse á los primeros, y mientras sus diversos jefes tuvieron que disputar el terreno á los bretones con la punta de la espada, obraron de acuerdo y unieron sus intereses. Cuando los insulares no tuvieron otro recurso que retirarse á las áridas regiones de Gales y de Cornouailles, los vencedores erigieron en reinos las provincias de que se habian apoderado, repartiéndoselas de mútuo acuerdo.

Así es como se formó la *heptarquía* ó los siete reinos sajones.

En el año 827, Egberto, rey de Wessex, reunió por medio de sus conquistas todos los reinos de la heptarquía en un solo estado, desde cuya época designa la historia á los invasores de la Gran Bretaña con el nombre de *anglo-sajones*.

En 1066, un pueblo guerrero, debia abandonar las hermosas y fértiles campiñas de la antigua Neustria, desembarcar en Inglaterra y borrar hasta los nombres de las diferentes naciones nómadas que habian ido conquistándola ú oprimiéndola.

II.

El hijo del vaquero.

Acababa de bajar al sepulcro Eduardo el confesor, y el popular de Londres, magníficamente ataviado, se dirigia en tropel

hacia una iglesia cercada de hombres de armas y llena hasta el pórtico de los principales *thanas* y señores del reino. La multitud se empujaba, y luchaba á riesgo de ahogarse por penetrar en lo interior del templo.

¿Qué es lo que allí pasaba para escitar hasta tal punto la curiosidad de los habitantes de Lóndres?... En el altar oficiaba un sacerdote venerable con la mitra puesta, el cual era Alfredo, obispo de York; y delante de él, un hombre de noble y majestuoso porte, vestido con una túnica blanca, cubierto con un magnífico manto sujeto por un broche de diamantes, estaba arrodillado con profunda humildad. El arzobispo le puso una corona en la cabeza y el pueblo prorrumpió en ruidosas aclamaciones. Aquel hombre que de este modo acababa de ser coronado y consagrado rey, aquel hombre era.... Harold, hijo de un vaquero.... Aquel trono á que subía por el voto de la nación, lo debía á su valor, á su amor por la justicia, á sus virtudes, y mucho tiempo despues de haber dejado la iglesia, donde tanta alegría debió sentir, los gritos de viva Harold el Bravo! viva el destructor del poder extranjero! resonaron en torno de su palacio.

Sin embargo, Harold no era feliz: Tostig uno de sus hermanos, tomó armas contra él, y aliado con Hardrada, rey de Noruega, invadió el Northumberland. Harold les venció en una batalla campal, y los dos campeones enemigos quedaron muertos, retirándose el hijo de Hardrada con los restos del ejército de veinte y tres buques pertenecientes á los noruegos.

Mas en tanto que los escandinavos se alejaban, acercábanse otros enemigos, y el mismo viento que agitaba las victoriosas banderas de los sajones inflaba tambien las velas de los normandos, conduciéndolos á las costas de Inglaterra. Guillermo el Bastardo, duque de Normandia, se propuso conquistar aquel reino, para el cual se dió á la vela con tres mil buques de todos tamaños, desembarcando sin resistencia en Pevensy, cerca de Hastinga en 23 de setiembre de 1066, es decir, tres dias despues de la batalla en que Harold derrotó á los noruegos.

III.

La conquista.

¿Qué hacia entonces el vencedor de Hordrada y de Tostig? Herido en la batalla que acababa de ganar, descansaba en York, cuando un mensajero fué á anunciarle el desembarque de Guillermo. Harold partió al momento, y en la noche del 13 de octubre anunció á los anglo-sajones que á la mañana siguiente da-

ría la batalla. En efecto, al día siguiente se trabó el combate con el mayor encarnizamiento.

Varjos fueron los trances de aquella tremenda lucha, y á no ser por una estratagema de que se valió el bastardo, tal vez hubiera sucumbido. Viendo que no podía vencer á su enemigo, mandó á su caballería que se pudiese en huida, y al ver esto los sajones, creyéndose vencedores, salieron en persecucion de los normandos con el hacha colgada al cuello; pero un cuerpo numeroso que el duque habia puesto en emboscada, se reunió á la caballería, la cual volvió bridas arrojándose sobre los ingleses.

Sorprendidos estos, asaltados por todas partes, se desordenan y se refugian á su campamento, donde se traba un combate terrible. Guillermo pierde allí su caballo; pero se levanta y continúa peleando á pie. Los sajones combaten con desesperacion, agolpándose en torno de su rey y su estandarte, el cual estaba bordado de oro, adornado de perlas y piedras preciosas y representaba un guerrero peleando.

Harold, cubierto de heridas, hace prodigios de valor: sus hermanos Gurth y Leofwin, procuran defenderle con sus broqueles; pero el rey recibe un lanzazo en el pecho y cae muerto; Leofwin lanza un grito penetrante, y quiere levantarle; mas recibe una herida profunda, y espira sobre el cadáver de su hermano.... Gurth, aunque gravemente herido, blandiendo el hacha con ambas manos, defiende con denuedo el estandarte régio, al pie del cual yacen sus dos hermanos; pero su sangre salía á borbotones, y conociendo que las fuerzas le abandonan, abraza el estandarte, cae de rodillas y muere pronunciando el nombre de su patria.

Los restos del ejército anglo-sajon, divididos en pelotones, sin jefes ni bandera, prolongaron la lucha hasta el fin del día, y no se dispersaron hasta la noche.

A la mañana siguiente, los normandos al despojar los cadáveres encontraron á trece que tenían traje monacal debajo de las armas, no siendo otros que el abad de Hida y sus doce camaradas.

Tal fué, amigos míos, la célebre victoria que entregó la Inglaterra al dichoso Guillermo. Aunque tuvo efecto en Senlac, solamente es conocida con el nombre de batalla de Hasting.

Guillermo el Conquistador, que iba á dejar el título de duque de Normandía para tomar el de rey de Inglaterra, hizo voto de fundar un monasterio bajo la invocacion de la Santísima Trinidad y de San Martin de Tours. El altar mayor del monasterio fué colocado en el mismo sitio donde habia sido derribado el estandarte del infortunado Harold, y al convento se dió el nombre de *Abadía de la batalla* (Battee-Abbey).

DE PEQUEÑAS CAUSAS GRANDES EFECTOS.

Madama de Gercy, mujer de unos setenta años, poco más ó menos, estaba sentada á la cabecera de la cama de un niño cuyo rostro pálido y doliente hacia contraste con las caras de un buen color y serenas de la buena abuela y de tres ó cuatro niños de los caseríos inmediatos, hembras ó varones. El enfermito al cual hacian compañía, no obstante el hermoso sol que convidaba al paseo, estaba precisado á permanecer en cama por disposicion del médico, que severamente habia prohibido tomase el aire en manera alguna; y por eso madama de Gercy tenia que ejercer una constante vijilancia sobre el pescuezo, pecho y manos, siempre en movimiento de su impaciente nieto, pues era su sola enfermera, mediante á que los padres de Armando habian dejado por un mes la habitacion de Gercy, en que nos llamamos, y durante este intervalo habia sido su hijo acometido de una enfermedad bastante seria.

—Oh! qué fastidio! qué fastidio! exclamó por la centésima vez, al cabo de una hora, Armando, dando puntapiés hácia la estremidad de su cama. Estarse acostado con un tiempo tan hermoso!

El indócil enfermo sacaba al mismo tiempo fuera de sus mantas sus dos manos, para levantarlas al cielo, y madama Gercy se daba prisa en volver á ponérselas al abrigo.

—Vamos, mi buen Armando, ten juicio, no te muevas tanto, no te aires, te pondrás bueno mas pronto, y despues iremos á pasearnos por las orillas del Escalda, en los prados. Te llevaré á ver la bella pirámide que está junto al camino, ¿lo sabes?

—Ah! si abuelita, el monumento de la batalla de Denain. Me contareis la batalla, como me lo habeis prometido.

—Ciertamente, hijo mio, y cumpliré mi palabra.

—La gloriosa batalla de Denain fué ganada por el mariscal de Villars contra el príncipe Eugenio, el 24 de julio de 1312.

Una de las niñas que rodeaban la cama de Armando, empezaba á repetir una de sus lecciones de historia, cuando madama Gercy añadió:

—En seguida, Armando, te conduciré á la hilandería, cuya máquina de vapor se oye cuando se pasa por el camino de Valenciennes. Todo te lo enseñaré.

—Tambien nos llevareis, madama, á la hilandería de madama Laneuville, clamaron en coro los cuatro camaradas de Armando.

—Sí, sin duda, hijos míos y os haré ver allí como las pe-

queñas causas producen frecuentemente los mas grandes efectos.

Ese vapor que se iba antes en humo, y que hoy se aplica de manera que reemplaza la fuerza de cincuenta, de cien caballos; el pelo que envuelve la semilla de una plantita, el algodón, convertido.... Mas todo eso os lo demostraré mejor en las mismas fábricas de Madama de Laneuville. ¿Sabeis, hijos míos, que esa manufactura que mantiene el pais, no existiría á no ser por mí?

—No existiría, abuelita, á no ser por vos! exclamó Armando, encantado de encontrar esta ocasion de poder sacar sus manos fuera de la cama, en señal de admiracion.

—Sí, hijos míos, existe por mi causa, os lo repito, respondió madama de Gercy, haciendo volver á entrar debajo de la ropa las manos del pertinaz enfermo: á no ser por mí, madama de Laneuville sería pobre, no vería su hijo al frente de un establecimiento considerable: si no es por mí no mantendría seiscientos operarios, y Negrito no estaría aquí.

—Negrito, el negrillo que está en la hilandería! exclamaron los niños.

—Oh! ciertamente, á no ser por mí, el pobre Negrito no estaría ya en este mundo.

—¿Cómo es eso posible, abuelita? ¿Cómo es posible, madama? replicaron todos á una voz, Armando y sus compañeros.

—Hijo mio, mantente bien quieto, ten juicio, y oidme antes todos. Voy á contaros la historia de M. Laneuville, y en ella vereis la prueba de lo que os acabo de decir.

A esta perspectiva de una historia, todos los ojos se animaron, y las manos palmorearon de alegría.

—Dad pues principio, madama de Gercy.

—Hay mas de cuarenta años que madama Laneuville, entonces dama del castillo de Laneuville sobre el Escalda, se vió obligada á dejar su brillante posicion para buscar en el trabajo mas asiduo los medios de vivir. El terror, esa época espantosa de nuestra historia contemporánea, todo se lo habia arrebatado, su marido y sus bienes. Alis, su hija, apenas de edad de doce años, se encontró, gracias á una buena educacion, en estado de ayudar á su madre en aquellos dias de escasez, y una y otra trabajaban dia y noche, para que su hermano, su hijo Edmundo, que contaba solo catorce años, adquiriese suficiente instruccion que le facilitase el camino en cualquiera carrera que emprendiera.

A juzgar por los gustos de la infancia y de la primera juventud de Edmundo, era probable que escogierá la profesion de las armas, porque jamás habia pasado sus horas de recreo sin ponerse el traje completo de húsar, que le dieron un dia de fiesta: cinturon, cartuchera, magnífico porta-sable, sable, dolman,

nada faltaba, y además un caballo bayo oscuro, poco imponente y marcial. Como se habría lanzado al galope, relinchando, si no hubiese sido de madera!

Edmundo veía bien todos los sacrificios que se hacían, todas las noches que su madre y hermana pasaban en vela por su causa, y solo aspiraba á ver llegar el día en que pudiera dejar de servirles de carga. Trabajaba por lo mismo con extraordinario anhelo de aprender pronto, siendo consiguientes sus rápidos adelantos. Después en 1797, quiso alistarse en un regimiento de caballería, con la confianza de ascender; y su animosa fé en su valor era tan ardiente, tan contagiosa, que su madre, exaltada por el entusiasmo de Edmundo, le dió con menos sentimiento el permiso de tomar servicio, aunque mejor habría querido velar y trabajar sin cesar para conservarle á su lado. Las madres son mas tiernas y rendidas que la mayor parte de los hijos.

Edmundo, me doy prisa á decirlo, mezcló muchas lágrimas con las de su madre y de su hermana, después las prometió volver con el grado de capitán, á lo menos, y partió para empezar su aprendizaje en la batalla de Arcola. Fué uno de los primeros que pasaron el célebre puente, y ya al año siguiente era cuartel maestro en la batalla de las Pirámides. No montaba ya allí aquel caballo de madera que galopaba pacíficamente, sino un ardiente y fogoso corcel, capaz de dejar atrás á los mas veloces que nacen de las yeguas árabes. En seguida regresó á Francia con Bonaparte, el general en jefe, que iba ascendiendo, pues se había convertido en cónsul. Este dió ascenso también á Edmundo. Le nombró porta-estandarte, después de la batalla de Marengo....

—Porta-estandarte!... exclamó el niño que no pensaba ya en su mal, porque veía ansioso la narración de su abuela; y ésta, viendo la atención que escitaba, se complacía mas y mas en pormenores que interesaban á su auditorio.

—Sí, porta-estandarte! Es el que indicaba á todos el camino mas glorioso, y por eso su madre y su hermana se envanecían de tener semejante hermano y semejante hijo cuando en 1801 vino á pasar un mes con ellas. Había hecho algunos ahorros; se los dió, y al año siguiente se embarcó para Santo Domingo, donde el general Leclerc pasaba con un ejército considerable, á fin de esforzarse en someter á los negros rebeldes. ¿Qué era lo que había atraído la sublevación de los negros? Fué, preciso es confesarlo, la dureza y crueldad de los blancos. No contentos con haberlos arrebatado á sus padres, á sus madres, á sus hijos, á su país natal, los abrumaban con malos tratamientos y tormentos para compelerlos á un trabajo que no les pagaban y del que ningún provecho sacaban los infelices. Las mujeres mas

miserables de la poblacion blanca castigaban sin piedad á los negros mas robustos que, de un revés de mano, hubieran podido aplastarlas, y se oía á los chiquitos blancos tartamudear sin cesar á los oídos de los negros en lenguaje criollo: *negros no son gente* (los negros no son hombres). ¿Cómo tales afrentas no habian de sublevar la poblacion negra? Es menester reconocer que se entregó entonces á todos los escesos que podría impeler el ardor de la sangre africana, y que los esclavos respondieron, por medio de una ferocidad inaudita, á la dureza de sus antiguos señores.

— Había tres meses que el ejército habia desembarcado, y la presencia de una fuerza armada imponente sobre todos los puntos, permitia á los oficiales y á los soldados hacer, sin peligros muy grandes, cortas escursiones por las magnificas inmediaciones del Cabo, á la sombra de los cedros, de las palmeras, de las caobas de una altura prodijiosa que cubren la llanura, ó sobre las colinas, los *amarridos* á la risueña y pomposa verdura. Edmundo, armado de una escopeta, habia penetrado en una de esas soledades, y despues de una bien larga correría, reposaba sobre la verde alfombra de los céspedes, cortos y felpudos que dilatava bajo un canelo de suave olor. Paseaba sus miradas, ya por la espesa sombra del árbol que lo cubría y donde jugueteaban papagayos tan verdes como el ramaje, ya dejaba vagar sus ojos por el inmenso horizonte que se descubria enfrente de él. De pronto vé una nubecilla negra, y sin embargo el cielo está todo despejado. Esta nube corre mas veloz que si el viento mas fuerte la impeliese, siendo así que está en calma la atmósfera, no hay un soplo de aire. No es una nube, es un pájaro grandísimo; se acerca á la tierra, Edmundo reconoce pronto al águila destructora....

— Un águila destructora! exclamaron los niños, ¿qué viene á ser ese pájaro? Nunca hemos visto ninguna.

— Lo creo; no las hay en este país.

— ¿Y cómo es esa águila?

— Cómo? Figuraos un terrible pájaro, que tiene tres pies de largo, manto negro, el vientre blancuzco, garras formidables de un color pajizo tan bajo como subido el de sus párpados, y con la cabeza cubierta por el estilo de la de un soldado de caballería sobre cuyo casco se levanta un penacho. Es mejor estar malo en su cama, Armando, que estar entre sus garras.

Edmundo contemplaba el vuelo rápido de este águila, que se dirijia hácia el lado de la umbría; la veía acercarse mas y mas hácia la tierra, y no dejaba de estar algo inquieto porque el águila destructora tiene tal fuerza que se la ha visto arrebatara corzos y gamos. Siempre iba aproximándose, pronta á echarse sobre la presa, y Edmundo se preparaba, montando su escopeta

cuando un grito de dolor y de terror resonó en su oído, y por todos los ecos. El valiente Edmundo no titubeó ya entonces y con el mismo ardor que llevaba su estandarte á lo fuerte de un combate, subió por la umbría; arbustos, rocas, torrentes, nada le detenía. Una voz, una voz de mujer en apuro imploró su socorro; gritos de niño se mezclan á estos clamores de la desesperacion. Edmundo vislumbra la espantosa verdad; se precipita, vuela mas bien; en un instante está sobre la llanura de la umbría. Habia acertado, el horrible pájaro se habia lanzado, y habia cogido un niño entre las garras, que tenia su madre en sus brazos, y esta pobre mujer espantada, dando lamentables gritos, corria tras ella como si pudiese seguirla. Despues cayó de rodillas, las manos levantadas hácia el cielo, que parecia querer cojer el aire en que se elevaba su hijo. El águila habia ya por un poderoso vuelo dejado el suelo, oprimiendo con sus garras su débil presa. Edmundo se echa la escopeta á la cara, apunta un instante, y qué instante! El águila iba siempre subiéndolo y la madre daba gemidos que destrozaban el alma, y estendia los brazos suplicante.

El doble tiro ha salido! Oh felicidad! oh éstasis! El águila cae muerta sobre la yerba; el niño sano y salvo, vuelve á bajar como del cielo, á los brazos de su madre.

La negra contemplando á Edmundo como una divinidad, no sabia qué hacer para darle gracias. Cubria á su hijo de besos, se lo presentaba, se lo colocaba sobre el corazon, mirándole con adoracion, en términos de no olvidar jamás las facciones del salvador de su hijo. Cómo manifestarle toda su gratitud! Se volvía loca de contenta! lloraba de alegría á los pies de Edmundo, le besaba las manos, estrechaba sus rodillas, le daba las gracias con mudas súplicas; le daba las gracias como tu madre y yo hemos dado gracias á Dios, mi Armando, cuando te ha salvado, porque ya estás casi curado.

Madama de Gercy se puso en seguida á contar la campaña de Santo Domingo, y la buena abuela se animaba hablando de esa isla soberbia, tanto mas, cuanto que en ella habia tenido en otro tiempo grandes bienes y esperimentado dolorosas catástrofes. Oh! con qué avidez la escuchaba su pequeño auditorio, y cómo abrian tanto ojo cuando les hacia la pintura del incendio que los negros encendieron en el Cabo, cuando los franceses desembarcaron, horrible incendio que alumbró á una espantosa carnicería! Madama de Gercy no tardó en advertir que estas narraciones afectaban demasiado á Armando, y volvía á tomar el hilo de su historia.

Habia un año que Edmundo habia ejecutado esta bella y buena accion de restituir un hijo á su madre. Los franceses estaban entonces expuestos por todas partes á las emboscadas de los ne-

gros, y Edmundo con treinta soldados, estaba acantonado en medio de un bosque, sobre los límites de la parte francesa y la parte española de la isla de Santo Domingo; allí, sentado delante de su tienda, bajo una palmera, admiraba una noche la luna que los caribes, primeros habitantes de aquella isla, adoraban como si fuese una divinidad; pensaba en la Francia, en su madre, en su país, en el bien que había hecho, en el que quería hacer todavía. En esto que de pronto oye un ruidillo entre las hojas. ¿Son serpientes que se arrastran? Son hombres? Aplica el oído, escucha, y aquel rumor aunque se procura sofocarlo, toma incremento cada vez mas y se acerca. Edmundo reconoce pisadas humanas.

—A las armas! á las armas! grita al punto.

—La buena abuela había soltado esta marcial exclamación con tanta energía, que su enfermito se estremeció como si se levantase sobresaltado de un ligero sueño; no era eso, sino que tenía inclinaciones guerreras, y repitió: *á las armas!* levantando las dos manos que su abuela hizo al instante volviesen á entrar en orden.

—A las armas! gritó Edmundo.

—Mas los soldados han tenido apenas tiempo para salir de sus tiendas; una tercera parte cuando mas se encuentra con las armas en la mano, cuando por todos los lados del pequeño campamento se precipita un tropel compuesto de quinientos ó seiscientos negros armados de cuchillos, sables, picas, y entonces empieza un combate, ó mas bien una mortandad general espantosa. Edmundo había visto ya las tres cuartas partes de sus hombres muertos y hechos pedazos por aquellos bárbaros; él mismo había caído entre sus manos y se preparaban á amarrarle los brazos y ponerle una mordaza, para conducirle, sin duda, á sus guaridas casi inaccesibles donde viven los *cimarrones*, los negros huidos, á fin de hacerle padecer los mas crueles tormentos. Oprimidos por el número era muy preciso rendirse.... Se resignaba... se despedía en el fondo de su corazón de su madre, de su hermana, de su país.... rogaba á Dios.

De improviso, á la claridad de la luna, se descubre una negra vestida de blanco. Acude corriendo desde el campo raso, separando los negros, sea con la sorpresa que le inspira lo inesperada que es su aparición, sea por la fuerza de su brazo, y se arroja entre Edmundo y sus asesinos; les dice algunas palabras, en lenguaje de su país, sin duda, y muy pronto se retiran dejando al oficial solo con la negra que acababa de salvarlo. Edmundo no comprendía nada de la milagrosa intervencion de esta mujer, mas no tardó mucho en aclararse el milagro; es el resultado, la recompensa de su valor y de una buena acción. Esta negra, mezclada entre la tropa de negros cimarrones que ata-

caban el campamento, habiendo reconocido en Edmundo al hombre que había salvado á su hijo, se había precipitado como hemos visto á su socorro, y despues de haberle acompañado hasta cerca de cien pasos de las entradas del Cabo, le dijo:

—Adios: tú restituiste el hijo á su madre. Dirás á tu madre que una negra le ha salvado el suyo. Adios!

Edmundo no quiso separarse de ella, sin colocarla en el dedo un anillo de oro, diciéndola que si alguna vez la suerte la conducia á Francia, podría por medio de aquel anillo darse á conocer y reclamarle sus servicios. La negra obsequiosa le dió enternecidas gracias, asegurándole que siempre llevaría consigo aquel anillo, y que su hijo, aquel que él había salvado de las garras del águila destructora, su negrito....

—Negrito! exclamó el enfermo interrumpiendo la relacion de su abuela.

—Negrito! Ah! he ahí, es ese negrito que trabaja en la hilandería, repitieron en coro los otros oyentes, cuyo interés redoblaba pensando en Negrito.

—Sí, sí, el mismo, respondió la abuela, mas lo he nombrado con mucha anticipacion. No debia decir su nombre todavía. No importa, continuó:

—La negra aseguró, pues, á Edmundo que despues de su muerte, su hijo Negrito llevaría el anillo, y se despidió de nuevo de Edmundo regándole las manos con sus lágrimas, tanto era su reconocimiento, y en seguida desapareció.

El ejército diezmado y mas que diezmado por el clima, no tardó en volverse á embarcar para Francia, y desde Francia pasó Edmundo á Alemania, al principio de la célebre campaña de 1805, mas antes de todo disfrutó algunos dias de licencia para ir á abrazar á su madre, su hermana y darlas lo que había podido economizar de su sueldo. Mientras los otros oficiales todo lo gastaban, sus altas pagas, sus gratificaciones, él se procuraba cada dia una felicidad verdadera, asegurando los medios de aliviar su familia. Edmundo, con las bendiciones de madama de Laneuville y Alis, se puso en seguida gustosamente en marcha, y al dejar el campo de batalla de Austerlitz salia decorado con la Legion de Honor, capitán en los cazadores de la guardia, y en posesion de una dotacion bastante buena.

Esta honrosa posicion, que debia enteramente á su mérito, le proporcionó poder socorrer mas eficazmente á su madre. La aseguró una renta suficiente, en su pueblo de Laneuville, para vivir cómodamente; despues entre una campaña en España y una en Portugal, juntó para casar á su hermana Alis con un joven, facilitándole medios de establecer una hilandería en el mismo pueblo donde vivia madama de Laneuville. No hubo, pues, para la madre y la hija separacion dolorosa.

Edmundo entró á la cabeza de un batallón de granaderos de la guardia en la magnífica ciudad de Moscou, y tres años después dejó las armas, con los ojos llenos de lágrimas al separarse del fatal campo de batalla de Waterloo. Nada podia ya impedir que nuestros enemigos pasasen la frontera, y es la mayor calamidad, hijos míos, tener el enemigo en casa. Aquí mismo donde os cuento pacíficamente esta historia, estaban alojados cosacos de las orillas del Don, que todo lo destruyeron, y encendian lumbre con los entarimados y los muebles. Es una calamidad espantosa la invasion, y la Francia fué invadida: Edmundo derramando varoniles lágrimas por este pensamiento, se detuvo delante de aquel sencillo monumento de la batalla de Denain, que conserva la memoria de un gran día en que Villars salvó, reinando Luis XIV, la Francia de la invasion extranjera. El país era esta vez menos dichoso, y el valiente oficial, no teniendo mas consuelo que la esperanza de mejor porvenir, se vino al lado de su madre y de su hermana, que pudiendo oír á lo lejos el cañon de la terrible batalla, habian estado con mucho susto por Edmundo. Entonces se desplegó muy pronto ante sus ojos una escena muy diferente de todas aquellas que habia presenciado hasta entonces; el movimiento de la hilandería, cuya actividad crecia siempre á proporcion que la tranquilidad y la confianza renacian en el país.

He oido decir muchas veces á M. de Laneuville, que no llamaremos ya Edmundo, que desde el momento en que se encontró en medio de esta bella y útil industria, conoció cuán feliz sería el hombre si pudiese consagrar todas las fuerzas de su cuerpo y de su inteligencia á esos trabajos de la paz. Reunió, pues, cuanto poseia á los capitales de su hermano para ensanchar la hilandería y el caserío, en donde su familia habia en otro tiempo vivido, donde él mismo habia sido criado y educado en opulenta ociosidad; el palacio de su padre que estaba en venta lo compró, y los dos asociados establecieron en él su infatigable fábrica, que crecia cada vez mas en importancia.

M. de Laneuville no tardó en ponerse al corriente de todos los pormenores de la manufactura, y jamás pasaba sin admirarse por entre aquellos miles de lanzaderas, aquel sin número de canillas, aquel rodaje que parecia siempre á punto de confundirse, y se movia con el orden admirable que se vé en el movimiento de un reloj; viendo sucesivamente al algodón cardarse, prolongarse en largos hilos, estenderse en tramas, en tejidos, enrollarse en piezas que pronto iban á vestir millares de individuos, no podia menos de acordarse de los campos de algodoneros que habia visto en Santo Domingo, y el espectáculo que presentaban cuando en el mes de setiembre, reemplazada la florecilla pajiza de este arbusto por un capullo negro, éste se abría en tres par-

tes, y dejaba aparecer granos envueltos en pelo de una blancura relumbrante.

—Abuela, dijo Armando, es como esos ramillos que encontramos en los prados, y que es tan difícil hacerlos volar de un soplo, y entonces todo se vá por el aire como plumas blancas ó copos de nieve? Qué divertido es eso!

—No del todo, hijo mio, respondió madama de Gercy; sin embargo, el algodón es una producción análoga á esas gacotas de que hablas y que la Providencia ha dado á cada grano para que el viento lo siembre por la tierra. Con todo, esa pelusilla es la que se recoje con cuidado, que dá trabajo á millares de hombres, les procura pan, les dá vestidos. Ved ahí, os repito, como cosas grandes son frecuentemente el resultado de las mas pequeñas.

Los talleres de la hilandería eran de aquí adelante el caballo de batalla de M. de Laneuville; el ruido de las formidables máquinas de vapor, las lanzaderas y el rodaje habia para siempre reemplazado en sus oídos el ruido del cañon y de la fusilería, y él se envanecía tanto de pasar revista á los trabajadores que mantenía, como los soldados que conducía á una peligrosa victoria. Era por tanto perfectamente feliz, veía á su madre y á su hermana felices.

En 1820 estaba en Havre para comprar parte de un cargamento de algodón que llegaba de Santo Domingo, y asistía á ver desembarcar los fardos, cuando vió venir hacia él el capitán del buque seguido de un negro.

Los jóvenes oyentes de madama de Gercy estuvieron á punto de interrumpirla aquí; se adivina por qué, mas se contuvieron y escucharon en silencio.

—Señor, dijo el capitán á M. de Laneuville, ved ahí lo que se me ha encargado que os entregue, sin averías, bien condicionado y franco de porte.

Al mismo tiempo mostraba el joven negro á M. de Laneuville, que en lugar de escuchar las insulsas chanzas del capitán, no podia apartar sus miradas de un anillo de oro que el sol hacia brillar sobre el ébano del dedo....

—De Negrito, ¿no es verdad, madama? ¿no es verdad, abuela? prorrumpieron los niños, que les fué imposible permanecer mas tiempo mudos, ¿ese era el anillo que en Laneuville habia dado á la pobre negra?

—Sí, hijos míos, respondió madama de Gercy.

—¿Y cómo Negrito se encontraba en Francia, tan lejos de su país, tan lejos de su madre?

—Ah! hijos míos, sois muy curiosos. Os lo diré sin embargo en dos palabras. La madre de Negrito era libre como sus compatriotas, y para conseguir esa libertad habian combatido; mas los negros son unos niños sin experiencia, y despues de haber con-

seguido no verse forzados á trabajar para los otros, les pareció mas agradable no hacer nada, ni aun por su cuenta, y cayeron mas y mas en la pereza, que es la puerta del abismo de la miseria; por consiguiente se vieron pronto miserables. Tal fué, como de millares de negros, la suerte de la madre de Negrito; después la enfermedad vino á unirse á la pobreza, y la desdichada mujer, conociendo que le quedaba poco tiempo que vivir, iba todos los dias al puerto preguntando á los capitanes de los buques si conocian en Francia á M. de Laneuville, á quien quería enviar á Negrito, para que lo cuidase, como se lo habia prometido en otro tiempo; y todos los capitanes le respondian que la Francia no era como Puerto Príncipe, donde se conoce á todos. Entonces la pobre negra se desesperaba, porque ansiaba por dejar recomendado su hijo antes de dar su último suspiro. En fin, habiéndose todavía dirigido medio arrastrando, sostenida sobre el brazo de su hijo cierto dia hácia el puerto, tuvo la dicha de encontrar allí al capitan encargado por M. de Laneuville. ¡Qué dichosa fué entonces! le suplicó recibiese á bordo á Negrito, cuidándolo bien durante la travesía, y conduciéndole de su parte á M. de Laneuville que lo reconocería por el anillo, que era prenda de una promesa solemne. Quitóse en seguida el anillo, y lo puso en el dedo de Negrito, abrazando á este muchas veces, y luego cayó muerta de un desmayo. Ocho dias después estaba Negrito en camino para Francia.

—¡Oh! bien, dijeron los niños, cuando encontremos á Negrito le haremos que nos cuente la historia de su viaje.

—Tendréis en eso razon, respondió la abuela; lo que os dirá sin duda entonces es el mucho esmero en cuidar á Negrito que tiene M. de Laneuville, reconocido á los servicios de la madre, además de que Negrito es muy útil en la hilandería donde le parece volver á hallar su país. Ese algodón, que por tanto tiempo ha visto crecer, que ha recolectado, preparado, es un antiguo amigo....

—Pero abuelita, ¿habeis dicho que la hilandería no existiría á no ser por vos?

—¡Ah! ¡te acuerdas todavía de lo que dije al principio! observó madama de Gercy con cierta satisfaccion; me alegra mucho ver que me has escuchado con atencion. Sí, hijos míos, lo repito, á no ser por mí no existiría la fábrica. Habeis oido cuántas cosas buenas ha hecho M. de Laneuville, cuántas veces ha combatido con gloria por su país como salvó un niño; el bien que ha hecho á su madre, á su hermana y á toda la comarca, donde sostiene seiscientos operarios, y por consiguiente casi otras tantas familias. Todo eso es muy hermoso, ¿no es verdad, amigos míos?

—Oh, sí, respondieron todos á la vez con una especie de entusiasmo.

—Pues bien, nada de todo existiría á no ser por mí.

—¿Cómo, pues, madama? ¿Cómo, pues, abuelita?

—M. de Laneuville, replicó madama de Gercy, estaba como lo está un poco Armando, muy mimado en su infancia, indócil, desobediente, voluntario, todo lo que es un niño mimado. Pues en este estado, á la edad de ocho á nueve años, tu edad menos dos años, una enfermedad grave postró en cama al pequeño Edmundo. El médico había recetado una bebida que debía salvar al enfermo; si no la tomaba, por el contrario su vida estaba en peligro. Este remedio era una dosis de aceite de higuera infernal....

—*Upalma Christi*, dijo la mayor de las niñas; me han dado un día de año nuevo un libro en que esta planta está representada. Es árbol bello que tiene flores como estrellas, y un tallo felpudo. Lo que sale de este árbol no debe ser malo, ¿no es verdad, madama?

—Malo ó bueno, es un remedio que era preciso tomar. El olor es muy desagradable, convengamos en ello, y Edmundo no quería el aceite de higuera. Madama de Laneuville no podía conseguir que su hijo lo bebiera: le rogaba, lo amenazaba, lo acariciaba, le prometía los juguetes mas magníficos ó los castigos mas ejemplares, todo era en vano. En este momento entré yo en su habitacion.

—¿Cómo, le dije, desobedeces al médico, á tu madre? Este nada receta, sin embargo, que no sea para tu bien. Esto es lo que los niños deberian entender. ¿Con que te quieres morir, Edmundo? ¿y si te mueres quién sostendrá á tu madre en su vejez?

Lo que acababa de decirle lo decidí, porque tenia buen corazon; sus ojos se llenaron de lágrimas, tomó la droga que contenia el aceite, y se la bebió de una vez; despues sanó, creció, como os he dicho, adquirió gloria, riquezas, hizo feliz á su familia, hizo bien á cuantos le rodeaban; todavia lo está haciendo, y lo hará largo tiempo, segun espero. M. de Laneuville habria muerto niño si no hubiese tomado lo que le habia mandado el médico. Tengo, pues, razon en decir que nada de todo eso habria existido á no ser por mí.

—Y Negrito habria sido devorado por el águila destructura, es verdad, añadió Armando.

La historia que precede produjo su fruto en el ánimo de Armando; á la mañana siguiente bebió sin pestañear una muy amarga infusion de quinina, que habia dos dias estaba rehusando tomar, y hoy en la hora que escribimos estas lineas está quizás en el camino de hacer tanto bien como ha hecho M. de Laneuville. La buena abuelita tenia razon en decir que las menores causas producen frecuentemente los mas grandes resultados.

(Traducido del francés).

EL NIDO DE GOLONDRINAS.

Fabula.

Cuanto bonito, mimado

Un niño asaz inocente,

Miraba un nido pendiente

De un soberbio artesonado.

Y al oír los pajarillos

Que piaban, dijo: «oh!

Libertad os daré yo,

Quebrantando vuestros grillos.»

Despójase de sus galas,

Trepa por una escalera,

Y habla de aquesta manera:

«Ea, desplegad las alas.

«Sed libres, oh golondrinas,

Y cantad vuestra ventura

Al beber el agua pura

De las fuentes cristalinas.»

Esto dice, y la nidada,

Al verse al aire arrojar,

Gozosa quiere probar

La libertad malhadada.

Mas ay! que el un golondrino

Sin vida en el suelo cae,

Y el viento á los otros trae

Al tejado del vecino.

Allí un gato rondador

Tiende al momento la garra,

Los pajarillos agarra,

Y se los come; oh dolor!

El tiempo dejad correr,

Pues por sobrada impaciencia

El hombre suele perder

La fortuna ó la existencia.

Es preciso no olvidar

Que cuando plumas no tiene,

Si el ave quiere volar,

A tierra muy pronto viene.

TENORIO.